

LA BUSCA DEL PODER

UNO de los pensadores de la izquierda española, el profesor Tierno Galván, que representa en el seno de la oposición un partido quizá pequeño en afiliados —el PSP—, pero con una gran influencia teórica sobre sectores importantes de la nación (sobre todo, la influencia personal del señor Tierno, hombre de larga y permanente doctrina y de numerosos y bien situados discípulos), declaró hace poco su creencia de que las próximas elecciones generales las ganarán las derechas, y venía a decir que se sentía de antemano satisfecho por ello. Efectivamente, convendría dejar que la derecha enterrase a la derecha. Es algo que está sucediendo ya desde hace unos meses, o quizá unos años. Una parte sana de la derecha está tratando de enterrar, con las dificultades que se aprecian, a su parte cancerosa. Este Gobierno, que —como tal Gobierno— es el más inteligente que ha tenido España desde que se acabó la República, es el de una derecha que sabe auscultar su propio cuerpo y analizar sus síntomas de muerte. Los años que se avecinan no son fáciles. No son fáciles los días presentes. La crisis en la que nos encontramos no es más que el principio de un período muy difícil. Tanto, que no se le ven salidas. Podría ser conveniente, políticamente hablando, y desde una óptica de la oposición democrática, que fuese siempre la derecha la que se desgastase en el intento de dominarla.

PERO esto no entra en las premisas de la lucha política. La lucha política, por cualquiera de los medios en que se plantee —y ahora se está tratando de llevarla al mejor de los medios, el de la vía abierta y amplia de la democracia— tiene por objeto la conquista del poder. "Lucha" o "conquista" son términos bélicos, como lo suelen ser todos los vocablos que se emplean en la política directa: enfrentamientos, estrategias, tácticas, frentes... No es por casualidad. Durante milenios, la accesión al poder ha sido cuestión de fuerza, de fuerza directa. La democracia tiene apenas unos años, en comparación con aquellos mil-

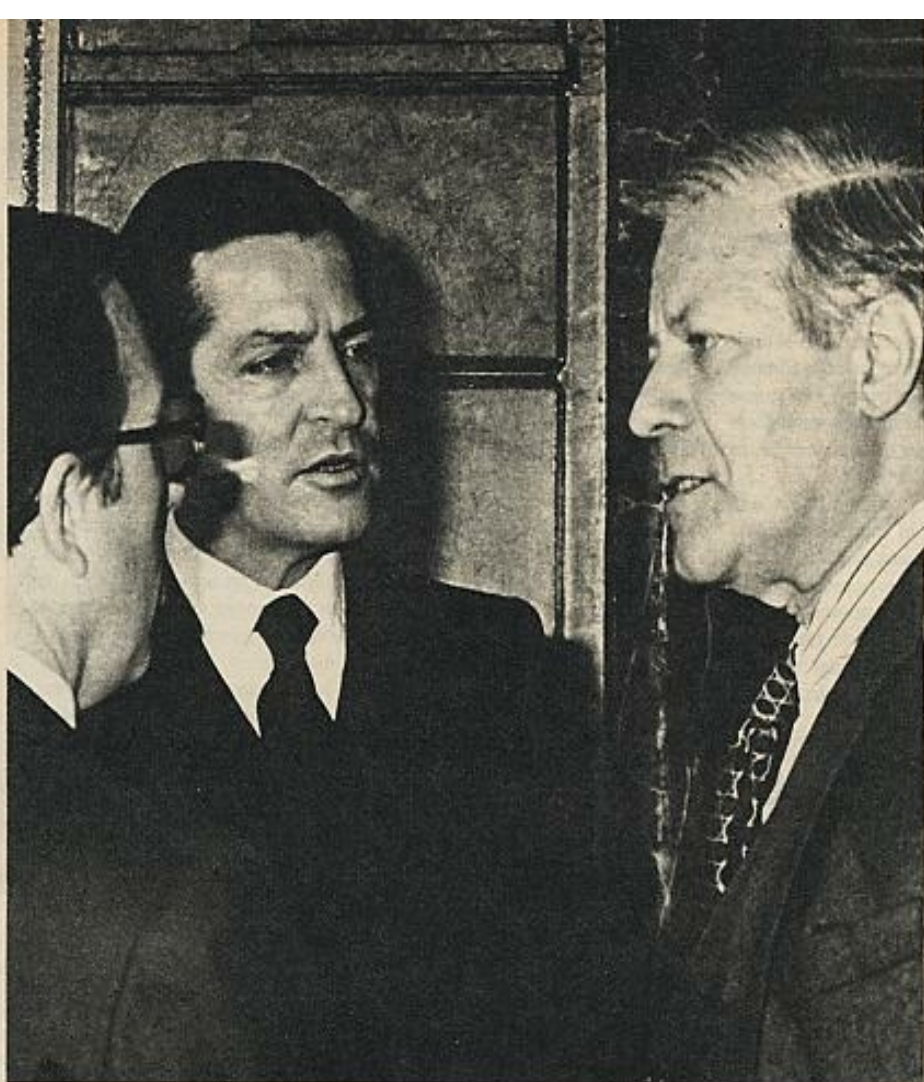
nios: ha alcanzado hasta ahora a muy pocos países, y en ellos lleva definiéndose de la fuerza o de la violencia la mayor parte de su existencia. Cuando en España se habla de democracia, se suele creer que es un sistema ya definido y definitivo. En realidad, la democracia no es hasta ahora (y aun hablando de los países que más arraigada la tienen) más que un ensayo, un desarrollo de unos principios y de unas ideas. La última —por ahora— guerra mundial tuvo, entre otros aspectos, el de una batalla de la democracia y la antidemocracia. Algo a lo que hemos de acostumbrarnos a salir de una estabilidad engañosa como la que hemos tenido en los años pasados: los factores de lucha que ha abierto ya el

nuevo período no son anormales, ni constituyen ninguna prueba de la falacia de la ingobernabilidad del español —idea bajo la cual se le ha sometido duramente—, ni son en sí mismos un desastre o una catástrofe. Son lo cotidiano en el Régimen al que se apunta. Si quizá están agravados ahora por la situación de transición en que nos encontramos, y por la capacidad de poder —ya que no la abundancia en número— de los autócratas que se presenten con cualquiera de los nombres que pueden o que quieren, y si hay todavía peligros mayores (y los peligros, en este caso, van disminuyendo a medida que el tiempo pasa, al contrario de lo que estaba sucediendo en los meses anteriores de inmovilismo gubernamental y de debilidad del poder), son males posiblemente pasajeros. Lo que va a ser permanente es un Estado de tensión, y hay que acostumbrarse a convivir con él.

SI, como queda dicho, el objeto de toda política es el acceso al poder, los partidos de la oposición tienen la obligación y la necesidad de no perder una sola ocasión de conseguirlo. Los partidos, en su primera razón de ser, ofrecen un programa. Ese programa es el de una administración pública y unas formas de Gobierno y de ejercicio del poder que restauren la situación del país. Ciertamente que la Administración de una herencia dramática, cuyos resultados estamos viendo ahora, en el momento de la descongelación, dificulta la aplicación de cualquiera de esos programas. Y cierto también que la oposición reunida ahora en una situación de defensa propia y de defensa común, y reunida con grandes dificultades y a costa de muchas horas de diálogo y de muchas concesiones mutuas, no resistiría demasiado a la hora de compartir el poder en lugar de la oposición. En muchos sentidos, hay que coincidir que sólo un Gobierno surgido del régimen anterior, y una Monarquía prevista por el franquismo para heredarle pueden ahora manipular la situación, y que probablemente un Gobierno provisional, formado por demócratas



Tierno Galván: ganarán las derechas.



El presidente Suárez y el ministro Oreja Aguirre reciben al canciller Schmidt: Europa nos observa.

puros como los que se pretendía en los primeros maximalismos de la oposición —y como se sigue pretendiendo por algunos partidos dentro de ella— hubiera sido arrasado y destruido si hubiera hecho solamente lo que ha hecho el presidente Suárez. Si el pueblo ha estado siempre maduro para la democracia, porque la democracia es el propio pueblo, las clases dirigentes no lo están todavía.

LA realidad es que la oposición, aún ignorada, aún con su ilegalidad encima, tratada solamente con tolerancia, encarcelada de cuando en cuando, prohibidos algunos de sus actos, amenazada hasta el punto de que la última reunión de la comisión negociadora tuvo que mantener en cierto secreto el lugar de su reunión, está compartiendo de alguna forma las medidas de Gobierno. Algunos de los hechos que se están produciendo ahora mismo, y que se apuntan como éxitos del Gobierno de Adolfo Suárez —lo son— figuran como premisas de la oposición desde hace años. Por ejemplo, la supresión de las jurisdicciones especiales. O la reforma que atañe a la organización sindical. Hace un par de años, la simple propuesta de algunas de estas ideas, y de las generales de la ruptura, podían ser castigadas, y, de hecho,

lo eran. Una parte de la ideología gobernante, la parte democrática, consiste en adoptar soluciones propuestas, defendidas y arriesgadas por los partidos de la oposición. Los poderes no han hecho hasta ahora más que ir las retrasando, y finalmente adoptándolas en razón de su inevitabilidad, pero procurando contenerlas, limitarlas.

UNO de los más sutiles secretos de la democracia consiste en no aceptar como definitiva ninguna verdad de las que se le proponen como absolutas. Cada uno de los partidos tiene un programa salvador: la democracia, por sus canales ideales, los va modificando, limitando, aceptando en plazos más o menos cortos, contrastándolos con los de otros. El sistema democrático es consecuencia de una serie de ideas que comienzan a aparecer poco a poco en el renacimiento europeo, que se van abriendo paso con el nuevo humanismo —a costa de grandes sacrificios personales— y se comienzan a palpar con el principio de la era científica. Estas ideas se centran simplemente en el rechazo de los axiomas, a partir del principal, que sirve de base a la autocracia, el de que "todo poder viene de Dios", y el establecimiento de que no hay verdad que dure más de lo que duren las circunstancias en que se ha

producido: la que sirve para hoy no sirve para mañana.

BASTA con observar el grado de violencia y de fanatismo que en la España de hoy, y podríamos decir que en la Europa de hoy —los secuestros y los asesinatos políticos no son de ninguna manera una exclusiva española, ni este país es más violento que otros— para comprender que el grado de penetración de este espíritu de la democracia es todavía muy escaso. En nuestro país se necesita llegar al fondo de la sociedad.

Y la sociedad es todavía fuertemente conservadora. Se le ha estado predicando ese conservadurismo desde la escuela, generación tras generación; todas las leyes, toda la burocracia, todas las relaciones humanas, están todavía impregnadas de unos sistemas de jerarquización llamada "natural" y de un sistema de poder ejercido en pirámide, desde un punto solitario en el vértice hasta una base amplia que soporta todo el peso. Quien tiene un poder mínimo sobre otros, aunque sea en relaciones de unos minutos, no vacila en ejercerlo.

TODA esta reeducación de España, que muchos han tratado de realizar desde la cátedra y les ha valido su apartamiento —se puede citar otra vez al profesor Tierno Galván—, que se está tratando de realizar desde sectores importantísimos de la prensa diaria y semanal, necesita mucho tiempo.

POR todo ello, y por unos factores de dirección y de violación de la opinión pública, como es la misma televisión, pueden determinar que, en efecto, las próximas elecciones generales las gane una derecha que puede estar representada por el actual "espíritu Suárez", pero ampliada hacia sectores más conservadores. Pero a la izquierda le corresponde acudir a ellas —en cuanto se le den unas garantías reales de honestidad— con el espíritu de ganarlas y de llegar al poder. Sólo así podrá ser eficaz, aunque se siga quedando en la oposición. ■